

Traducción.

Metafísica cancerosa y otros principios de la filosofía abiótica.

Marco Lanterna, Gabriel Adelio Saia y Francisco Cansanello.

Cita:

Marco Lanterna, Gabriel Adelio Saia y Francisco Cansanello (2024).
Metafísica cancerosa y otros principios de la filosofía abiótica.
Traducción.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/gabriel.a.saia/38>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ppmg/5xG>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

METAFÍSICA CANCEROSA
Y OTRAS LEYES DE LA FILOSOFÍA ABIÓTICA*

CANCEROUS METAPHYSICS
AND OTHER LAWS OF ABIOTIC PHILOSOPHY

por

Marco Lanterna

Gabriel S. Saia (traducción)

UAEM/LICH-UNSAM, México/Argentina

Francisco Cansanello (traducción)

UNSAM, Argentina

* Lanterna, Marco. *Metafisica cancerosa e altre leggi di filosofia abiotica*, Italia, La scuola di Pitagora, 2024, pp. 120.

Presentamos la traducción de algunos fragmentos del ensayo inicial de *Metafísica cancerosa y otras leyes de filosofía abiótica* que acaba de ser publicado por la editorial *Scuola di Pitagora*. Obra clásica y al mismo tiempo modernísima, esta *Metafísica* es heredera de la mejor tradición pesimista italiana (la que desde el *De Remediis* de Petrarca, pasando por Guicciardini y Leopardi, llega hasta el Gadda de la *Meditazione*), pero logra al mismo tiempo erigirse como una obra nueva, única, *sui generis*. Las otras "leyes" del volumen —*Epimeteo*, *Nietzsche patafísico*, *Irresiliencia*, *Pensamientos del colibrí negro*— abordan desde un ángulo abiótico temas como la IA, la resiliencia, el multiverso, la ecología, el colapso de la civilización y, *last and not least*, la extinción venidera de la especie humana.

De padre pintor, Marco Lanterna nació en Milán en 1973 y vive en Niza. Es pensador independiente, ajeno a la academia y es, además, crítico literario, lexicógrafo, traductor de moralistas (entre ellos Damien Mitton, Pierre Nicole, Vauvenargues, Madame de Lambert). Su filosofía abiótica se inaugura con el *Peisithanatos. Trattato della buona estinzione* de 2021, calificado como "libro total" y cúspide de la filosofía pesimista.

*

METAFÍSICA CANCEROSA

Espigaciones filosóficas sobre el cáncer y su entorno

[...]

En el enfermo de cáncer se escenifica una tragedia infinitesimal, invisible, verdaderamente no indigna de un gran isabelino. En lugar de seguir con la frente baja su destino de nacimiento-crecimiento-muerte, la célula tumoral *se obstina*, por así decirlo, decidiendo de una vez por todas por el *no*, es decir, eligiendo vivir más allá de lo concedido y rompiendo, de esta manera, la triste cadena de su triste destino. Sin embargo, para sobrevivir, el organismo necesita que la célula—después de haber cumplido con sus tareas propias y principales—muera para ser sustituida por otra más joven y eficiente (fenómeno que, acudiendo al poético griego, se denomina *apoptosis*). Es la salida de escena, la muerte final de la célula, aquello que en realidad le permite al organismo seguir viviendo normalmente, disfrutar con alegría de su final feliz. Ahora bien, se trata de la misma ecuación—perfectísima, simetriquísima, o, mejor dicho, una identidad—que existe entre la Vida y la criatura, es decir, nosotros. Nos las arreglamos con la carga del *βίος* que se nos asigna al nacer, viviendo algunos pocos años y tal vez, incluso, transfiriendo esta carga a nuestros hijos, pero en un momento dado, cuando ya no somos útiles a los usos-abusos de la Vida, inexorablemente debemos desaparecer, abrir paso, pues al final no somos nosotros los que contamos aquí, sino sólo *Her Majesty the Life*.

El cáncer es una justicia reequilibradora.

Una cuestión no secundaria es que la mutación de la célula, el tumor, es en ciertos términos un recurso de la Vida, una condición normal, verdaderamente útil, que le permite *switchear*, operar sobre el cambio veloz de estado de una válvula (*sfarfallare*) genética, tomando caminos o bifurcaciones de otra manera inexplorados, pero prometedores y útiles para su conservación o expansión. Así, una carga porcentual de tumores a infligir a las criaturas es tenida en cuenta bellamente por la Vida, le es inevitable, pero le es del todo necesaria.

Sin embargo, si todas las criaturas se volvieran cancerosas, entonces todo el sistema estaría en peligro, en riesgo de colapso: podría perecer y, sobre todo, hacer perecer al βίος, el sumo *macrozoo*. Esto ya empieza a suceder hoy con el tecnócrata negligente, que inhibe los ciclos orgánicos, así como si se tratase de nuevo agente geológico. Por lo tanto, debemos imaginar –y predecir– que las pandemias y otras formas selectivas de extinción, puestas en marcha por la Vida para defenderse del fallo de las especies individuales (en este caso, los humanos), llegarán inevitablemente como tantas plagas de Egipto, similares, de hecho, a las radioterapias o quimioterapias naturales, es decir, diseñadas para devolver al conjunto de la Naturaleza a un nivel patógeno-tumoral tolerable, o sea, a la curación.

El cáncer en la Naturaleza es el Homo.

Para el amigo Sossio Giametta, quizá el mayor spinoziano contemporáneo, “las criaturas son células subordinadas al organismo universal, a las leyes de dicho organismo y no a las propias; si siguen su propia ley y proliferan indiscriminadamente, es cáncer”. Desgraciadamente, esta última consideración decisiva cae como una imagen accesoria, una especie de deriva metafórica que—dentro de la sistémica spinoziana del pensamiento giamettiano—no acarrea consecuencias ni teóricas ni fácticas. Cuando, por el contrario, ¡sí que hay consecuencias! Si, en efecto, una sola célula puede socavar un organismo, un organismo puede socavar un sistema y un sistema, la Naturaleza entera; así, para continuar, de acuerdo con una serie ascendente imparable o metastásica, llegamos al umbral del Ser o de Dios.

Entonces sí: en determinadas condiciones, la Parte puede enfermar al Todo; el órgano puede sacar lo mejor del organismo; lo infinitamente pequeño y pasajero puede hacer perecer lo infinitamente grande y eterno. Los seres vivos que, al morir, sufren una *amputación total* del βίος, pueden a su vez generar una septicemia.

El cáncer es un titanismo miniaturizado.

Incluso Goethe, otro spinoziano y fan de la Naturaleza, menosprecia los cantos de los vivos contra la Vida, adjudicándoles incompreensión y falta de perspectiva. En ese condominio substancial—ideado por Spinoza—en el que las criaturas son inquilinas, no se contemplan ni reuniones ni mociones ni otros asuntos.

Pero, ¿por qué el ser vivo individual debería subordinar su juicio negativo sobre la Vida a aquél, si se quiere más elevado y positivo, de la Vida misma? Sobre todo si esta partícula viviente, como ocurre a menudo (recordemos a Cuvier: “cada tipo de ser podría, en rigor, reconocerse por cada fragmento de cada una de sus partes”¹), ¿representa una forma más nítida y comprensible de la gran Vida indiferenciada, no sólo una rápida recapitulación de ella, sino incluso una toma de conciencia más perfecta de la misma? Además, si a todos los individuos, aunque sean entidades parciales, les es cuantitativamente destinado un idéntico *quantum* de dolor, según la máxima que versa “nada hay más cierto y predeterminado para nosotros que el dolor”², su suma alcanza finalmente una totalidad exacta de desgracia. A la Vida no se le da siquiera un tacaño equilibrio: todo lo que la habita tarde o temprano sufre, maldiciéndola y maldiciéndose.

¹ *Chaque sorte d'être pourrait, à la rigueur, être reconnue par chaque fragment de chacune de ses parties.*

² *Nichts ist uns gewisser und vorherbestimmter als eben der Schmerz.*

El cáncer es un lamento universal.

Si el cáncer puede asomarse hasta en el Ser o amenazar la existencia misma de Dios, entonces, como consecuencia, ese ser supremo, ese *deus* spinoziano, no es el *ens absolute infinitum*, ya que en palabras del Holandés: “Se llama finita en su género aquella cosa que puede ser limitada por otra de su misma naturaleza”³. La suya es una potencia relativa, infinitamente superior, cierto, pero sólo en relación con la miserable debilidad e infinitud de las criaturas de su seno. En lugar de probar definitivamente la existencia de Dios, el *argumento oncológico* certifica, de una vez por todas, su imposibilidad.

En verdad, Spinoza (como cuatro cuartos de todos los filósofos) sigue siendo un pensador *sublunar*, un organicista o *nanofilósofo* que confunde la envoltura placentaria del *βίος* con el Cosmos, la Vida próxima y conocida con el Ser remoto e incognoscible, la filosofía hipogea con la apogea, en suma, la abstracción con la extracción. Entiende algo de este mísero mundillo (por ejemplo, la atómica del conatus) en la medida en que malentiende lo extramundano, lo abiótico.

Uno sonrío, y con razón, ante la fantasmagoría literaria del *Aleph*, de ese “lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”, pero no ante la pretensión absoluta de los filósofos metafísicos que, desde su cubículo espacio-temporal, avanzan en su pretensión de abrazar el Todo o la Eternidad: otro género de *fiction*.

El cáncer pertenece a la sola Vida.

Es algo curioso que en los filósofos siempre aparezca, inesperadamente, la misma forma de negación del cáncer—en el fondo por superstición—que se nota en las personas comunes (por mencionar un caso, Guido Ceronetti en el *Silenzio del corpo* apenas lo nombra y sólo como si fuese un cuco). La filosofía no está mínimamente intrigada por este mal genético, inherente a la masa de la vida misma. No lo medita la filosofía, lo trata como un accidente, un error, algo que apenas y cosquillea en la superficie: casi como si fuera una ráfaga de viento que curva las formas más débiles o prominentes de la Vida. Mas no es así. El cáncer *está* en la Vida, en cada vida, anidado torpemente en ella, jamás extirpable y siendo, a menudo, siquiera distinguible de ella. Pertenece a la faz bio-fundacional, no a lo aleatorio de la estocástica o de la desgracia (por tanto, esta *Metafísica* llena de hecho una laguna en el espíritu humano).

Se nos escapa, además, el sentido profundo de la mutación que lo inicia, que de latente la hace de repente hiperactiva, de ese por así decir “pervertimiento” de la célula. ¿Qué es el *bug* de la Naturaleza, su error computacional, la grieta en la comisura, el ángulo ciego de la construcción?

El cáncer confuta toda metafísica.

[...]

Mientras todas las enfermedades se manifiestan mediante un decaimiento del cuerpo, un debilitarse inexorable (véase la desconsoladora lista de Nicole en los *Essais de morale*), el cáncer destaca por

³ *Ea res dicitur in suo genere finita, quae alia ejusdem naturae terminari potest.*

exuberancia y vitalidad, por multiplicación y expansión, incluso activando para su propio beneficio mecanismos aumentativos normales, como la angiogénesis. Si se quiere, al no tener ninguna autonomía respecto al organismo incorporante, ninguna mira individual *aparente*, el cáncer no es *stricto sensu* una entidad parasitaria, ya que un parásito está ante todo atento a conservar a su propio huésped, a convivir con él para que le traiga alimento por el mayor tiempo posible. El cáncer, en cambio, en sus formas proclamadas, no conoce un mañana, procediendo como *boule de neige*, como la Vida. Tal vez se le puede establecer la rúbrica de microvida de la macrovida: una suerte de atavismo, de *Urleben*, de forma embrionaria y mnemónica del βίος, el coxis que al hombre le sirve para recordar su cola de prosimio.

El cáncer es ancestral.

Fue Galeno quien explicó la etimología del nombre con la apariencia de las venas en torno al tumor, similares a patas de cangrejo [*gr. kárkinos*]. Pero quien sufre piensa más en un animal rechoncho, monstruoso, rojizo, de caparazón imperforable y espinoso, que se atrinchera en una parte recóndita del cuerpo, pellizcando con la pinza más grande la cuerda más delicada y sensible. También el movimiento lateral del animalejo, digitando fastidiosamente, sugiere la idea de un desarrollo torpe, oblicuo, silente, oculto: típico de quien quiere golpear en la sombra para maximizar el impacto y el dolor.

Es ampliamente recomendable en estas coyunturas suicidas, como si se tratase de un contrapeso, un plato de cangrejo cómodamente servido con tostadas y un vino Greco di Tufo.

El cáncer es exquisito en la mesa.

La estadificación del cáncer recuerda a la ingeniería de los cohetes multiestadio necesaria para vencer la gravedad terrestre y alcanzar el espacio interplanetario. Con ambos se llega a un dramático cambio de perspectiva: también el enfermo de cáncer, en efecto, en su cuarta fase, observa la existencia en las formas *renovadas* de un astronauta que ha llegado al límite de la exosfera. Ambos tienen una visión más nítida, no tanto de la curvatura terrestre o de la delgadísima burbuja vital que nos contiene, sino de la presión homicida de todo aquello que domina y circunda (empezando, por ejemplo, con la alienidad abiótica de la Luna, la primera tarjeta de visita del cosmos para nosotros)

Por lo que en el estertor de su propio lecho, un pobre diablo sabe perfectamente aquello que Gagarin debió haber experimentado como pionero, a 300 km de altura: “No veo a ningún Dios aquí arriba”⁴.

El cáncer es una exploración final.

[...]

Esta *Metafísica* está en el surco de las *Paradojas*, o *sentencias fuera del sentido común* del milanés Ortensio Lando, que, aunque hoy descansan en el olvido, fueron muy leídas y degustadas por toda Europa. “Escritas a la manera en la que suelo hablar con mis amigos más cercanos”, describen ya en sus

⁴ *Бога не видел. Там всё темно.*

capítulos un programa antivitalista: *Mejor ser loco que sabio, Mejor ser débil y malsano que robusto y gallardo, Mejor es llorar que reír, Mejor morir que largamente sobrevivir*, etc. Tales ejercicios paradójales, o sea, elogios delirantes de cosas aparentemente ineligiabiles, más allá del retoricismo a la Gorgias, constituyen felizmente, con tres siglos de antelación, la *Umwertung* de Nietzsche (para verificar que *tout est dit* basta con saber leer).

La perspectiva opuesta y la desvinculación (*disimmedesimazione*) conforman el primer enfoque de la filosofía abiótica, similares a los instrumentos ópticos de Galileo. Son también una verificación del típico pesimismo risueño italo-mediterráneo, tan diferente de aquel alemán-nórdico, por lo demás llorón y a la larga provinciano.

El cáncer, mejor no erradicarlo que erradicarlo.

[...]

¿Quién sabe si el Dios de Mainländer (de cuya muerte habría tomado consistencia cadavérica a nuestro universo) se suicidó realmente en vista de aquel tumor cerebral que es la Vida? El amigo Anacleto Verrecchia, complementando a la italiana a Mainländer, decía que el Big-Bang era en realidad el tiro de un revólver en la sien de un Dios aterrado de su propia mala creación. Todas encantadoras fábulas gnóstico-filosóficas, no disímiles de aquellas de un Platón y de cualquier otra metafísica sialagoga.

En el fondo, Carnap tuvo razón al decir que “Los metafísicos son músicos sin habilidad musical”⁵, es decir, artistoides que ignoran serlo: ¡relojes rotos que dan la hora exacta dos veces al día! Nosotros no tenemos, en efecto, por nuestra constitución orgánica (así Goethe dijo “El hombre nunca comprende lo antropomorfo que es”⁶), algún instrumento cognoscitivo verdaderamente desvinculado de la Vida y, por tanto, *sincero*. Quizá podamos reclamar a la manera de Fulvio Testi: *yo no me alimento de cosas metafísicas*, pero luego nos entregamos al arte, a lo grotesco, a los caprichos. En fin, nos entrenamos a los delirios solipsistas de sonidos y colores.

El cáncer no se demuestra, se representa.

[...]

El Sol al que la Vida (portentosa entidad parasitaria también de la luz) debe la mayor parte de su propio ser es en realidad una masa bruta, indiferente a cualquier destino, incluso el propio. Irradia el sistema gravitacionalmente a su nombre con la misma benignidad con la cual el ojo de Sauron domina sobre Mordor. Tanto que, si no fuese por los escudos iónico-ozónicos, la tierra no sería muy diferente de Mercurio que, sin atmósfera, es diariamente rasquetado por la luz hasta la exposición del hueso, o sea, de su piedra más dura.

Verdad que el biocentrismo no comprende, idolatrando desde siempre este *disco de la vida*, elevado a deidad misma y *summum bonum*. En cambio, el Sol (como bien saben los *hibakusha*) es un radiógeno de potencia mortal que solo la Vida alcanza a doblar, modular, filtrar, eludir para su propio bien.

⁵ *Metaphysiker sind Musiker ohne musikalische Fähigkeit.*

⁶ *Der Mensch begreift niemals wie anthropomorphisch er ist.*

Pero el *βλος*—en una ICD imaginaria del cosmos—no es mínimamente comparable a un cáncer que soporta radioterapia; más bien, recuerda a una dermatitis, una psoriasis o sea, una desagradable y pruriginosa exfoliación del cutis, aquella misma por la cual los dermatólogos aconsejan tomar un poco de sol en el mar.

El cáncer de la Vida, para el Cosmos, es apenas una escama enrojecida.

[...]

Neoplasia, metástasis, carcinoma, blastoma, oncogénesis, etc. el kit y parafernalia de raíces clásicas (hojear el *Dorland*) en la acuñación de neologismos inherentes al abominable cáncer—suerte de barniz racional y contemplable tendido sobre lo irracional e incontemplable—es el equivalente de la bata blanca, incluso nívea, de Josef Mengele en Auschwitz.

El cáncer es un ángel de la muerte.

[...]

Los aliens de la ciencia ficción, de los clásicos films de los años 50 hasta *Alien*, que se enquistan y germinan en el hombre, son a menudo asimilados al cáncer: un modo diferente de erradicar y exorcizar la *enfermedad del siglo*. En realidad, el verdadero modelo es siempre uno solo—la Vida—, o sea, el único monstruo que es dado a conocer de cerca, casi desde adentro, y para el cual el cáncer representa más bien al heroico San Jorge.

Sin incomodar a los tentaculares cistoideos paleozoicos representados por Haeckel, podemos tomar, por ejemplo, las avispas parasitoides (*Dendrocerus scutellaris*) que depositan sus propias larvas en el interior de otros insectos, los cuales devienen primero los incubadores, luego las dispensas vivientes y, así, el peor *alien* xenomorfo perfectamente representado; sin embargo, no en una imaginaria luna de una galaxia imaginaria, sino aquí, entre guirnaldas de flores y claras aguas frescas y dulces, en suma *made in Earth*.

El cáncer, en comparación con la Vida, no es tan monstruoso

[...]

La metáfora política del cáncer en el interior del organismo estatal es antigua y está entre las predilectas de los teóricos. No hay política humana—de derecha o de izquierda, alta o baja—que no la haya usado para sus fines viles, es decir, para poder aplicarla criminalmente. Introducir la idea de que hay un pecho entero y sano que se distingue de una parte enferma es, en efecto, la idea letal y por demás falsa (siendo la humanidad entera el *enfermo*), con la cual en la Historia se ha ejercido la peor carnicería, las peores persecuciones. Se releen en tal sentido las proezas de los tribunales revolucionarios en Francia o Rusia, donde una mayoría *sana* extirpaba o cauterizaba metódicamente a una minoría para ellos *cancerosa*.

Particularmente, para rescatar la irrescatable existencia de una turba malnacida y andrajosa (el *celebrado sueño* de Maquiavelo), los movimientos socialistas cometen crueldades bastante peores que

aquellas que querían combatir o abolir, son la mejor prueba de que toda la casta humana, todas sus clases, sus censos, sus *cracias*, hasta los más débiles e insensatos, permanecen malvados, nefastísimos, irrecuperables, no ameritan ningún respeto o piedad, sino sólo la escisión—su sí—de la faz de la tierra.

El cáncer es el extremo refugiado

“¡Si supieran los hijos que no he querido tener la felicidad que me debe!”⁷ dice aquel pesimista de oropel de Cioran. Los antinatalistas que se jactan de *no haber querido* hijos, no han querido nada en realidad, simplemente no se han encontrado—por destino o esterilidad—en el encaje humano adecuado (que, en resumidas cuentas, es aquél con el cual *no es posible no tener hijos*), quedándose por siempre en una suerte de adolescencia adulta, de crecimiento fallido. El hombre de sí—o sea, primero apretado como un bocado entre las fauces de la Vida y luego jugado como una bola de balero—no puede querer una bella nada, sino solo sufrir, si acaso diciéndose con una mentirita que, sin embargo, así lo *ha querido*. En particular, la genitorialidad (Buda mismo la experimentó) predispone a un pesimismo último: tener un hijo, en efecto, sensibiliza morbosamente acerca de los peligros del mundo, sus horrores, dando algo así como un tercer ojo de sabio que hace sonreír frente a muchas vaguedades filosóficas (en ese sentido los filósofos sin progenie deben ser tomados con pinzas, como quien habla con una suerte de sinrazón). Solo un padre que asiste a la muerte por cáncer de un hijo se yergue, por ejemplo, como único juez creíble de cualquier teodicea que se quiera, similar a como un agujero negro sucede a la muerte de una estrella.

El cáncer es progenitor.

[...]

En el universo, una estrella es más común que la vida. Esto es, encuentra mejores condiciones para poner en funcionamiento su propio núcleo. Contra lo que creía la fantasía napolitanamente calentada de Giordano Bruno, la Vida no pulula en el universo en una pluralidad infinita de mundos habitados: no toda estrella o planeta tiene en efecto su propio perche orgánico bien enquistado: lo ilustran mejor sondas y radiotelescopios que aquella neo-ciencia extremadamente raquíca que es la astrobiología.

Mas la Ciencia (todavía *willy-nilly* el mejor instrumento cognoscitivo a la mano del hombre) pasa gran vergüenza en el pasaje del orden físico al biológico; mientras la química orgánica, que debería saldar tales órdenes sin rebabas, se asemeja al juego de las tres cartas, que puede engañar a los ojos pero no a la mente. Esto se debe a que el Cosmos está, por así decir, estructurado con el fin de *impedir la insurgencia de lo orgánico*, incluso celoso de sus propios elementos y de su quietud abiótica.

El cáncer recorre estas mismas calles, pero en dirección contraria, *disteleológica*, o privativo-positiva: de lo orgánico retorna a la química, desorganizando los organismos y deshaciéndolos en la muerte. ¿Podría este ser uno de los accesos a la comprensión del vil origen de la ruina del βίος?

El cáncer es apenas una pequeña muestra del Cosmos a los vivientes.

⁷ Ces enfants dont je n'ai pas voulu, s'ils savaient le bonheur qu'ils me doivent!

Dado que, en el dar ordenamientos eficaces a los hombres—vale decir, introductores de alguna justicia *no partidista* en el mundo—, más que un Platón o un Montesquieu, pudo el semáforo (y esto, desgraciadamente, no es tan solo una ocurrencia). No debe excluirse que el cáncer—en todas sus formas, incluso también en las antrópicas—sea al final develado por la IA ultronea y pléjica, la cual se encuentra en el semáforo como el Pitecántropo en el Sapiens Sapiens.

El cáncer y el hombre tienen las horas contadas.

La filosofía abiótico-lunar es ella misma un cáncer en el seno de la filosofía pesimista: una metafísica cancerosa, o mejor, un cáncer de la metafísica.

La forma quebradiza, aireada, aquí y allí atrevida, no debe engañar: aquí hay una filosofía nueva (*aliquid novum sub Sole*) que deja atrás a los máximos pesimistas de siempre, encontrando al final una suerte de pasaje al noroeste.

Por ejemplo, el intento de Schopenhauer de divisar, o mejor, proyectar el *Wille* hasta en lo inorgánico del Cosmos, en el reino abiotico, es la parte más débil, a veces verdaderamente cómica y swedenborgiana, de toda su filosofía que es, por lo demás, una *momentosa* filosofía de lo orgánico o del mundo sublunar, es decir, de nuestra burbuja biótica.

Allí donde en cambio el pesimismo *titánico-universal* de Leopardi—por cierto, un autor de una elevación a potencia respecto a Schopenhauer—debe ser, sin embargo, juzgado severamente como un malhumorado infantilismo filosófico, lo mismo que hace a un niño dibujar el sol con ojos y boca. Ya Galileo notaba que “se puede asemejar el deseo, el apetito y el discurso que dan los peripatéticos a las cosas inanimadas, a las fábulas de Esopo que hacen hablar a las plantas”. Astros, planetas, lunas, bólidos, son en efecto ajenos a los dramas y a las miserias de lo orgánico, a su *fábula fea*. ¿Cuántas proposiciones de la filosofía son arruinadas desde la fuente de la Vida? Catacresis y evemerismos conceptuales ya no advertidos como tales. Toda la falseadísima historia de la filosofía los regurgita, dictada como está exclusivamente por el biocentrismo, “porque en efecto los hombres están en la oscuridad de las cosas, y esta indagación ha servido y sirve más para ejercitar los ingenios que para encontrar la verdad”.

La verdad verdadera es que ninguna perspectiva universal le ha sido concedida al hombre, ni siquiera aquél *vue-mer* de un mal holístico. En efecto, ¿qué juicio puede venir del ácaro de un ácaro: el hombre conflictuado en la Vida?

Incluso, por el contrario, la aniquilación de las pretensiones cósmicas del pesimismo hace emerger la pavorosa anomalía de lo orgánico. En este sentido—como dije tantísimas veces en el *Peisithanatos*—la filosofía abiótico-lunar representa el colapso gravitacional del pesimismo de antaño: su contracción en un solo punto crea al final una singularidad, un agujero negro de bolsillo, el *βίος*.

El cáncer es una colapsología.

[...]

One small step for mankind, one giant leap for a man. Se puede dividir la historia de la filosofía en dos edades. La primera es terrestre, con los pies en la tierra y el horizonte limitado; la segunda, cósmica, en

gravedad cero y el horizonte ilimitado. Hasta ahora, por lo demás, se ha manifestado sólo la primera. La filosofía abiótica y lunar—“desligada de la tierra y apresada por el cielo”—marca los primeros milimétricos pasos *en la segunda y de la segunda*. Es como un surco de demarcación; la zona crepuscular (*terminatore*), el círculo de iluminación entre luz y oscuridad; Luna bifronte que mientras da una cara fingida a la Tierra, la otra ya mira y le guiña un ojo al Cosmos.

Ahora bien, no solo hay fundamentalmente incógnitas la etiología y la patogénesis de aquel “mal oscuro del cual las historias y las leyes y todas las disciplinas de las grandes cátedras persisten en ignorar las causas”, sino incluso su remisión o regresión espontánea (en casos todavía mal estimados, pero por seguro superiores a cualquier dato nuestro, como versa el esotérico *natura sanat*).

También en la forma benigna de la sanación, el cáncer conserva intacto el propio misterio, siempre ocultando los propios arcanos. Quizá la llave yace sepultada en el sistema inmunitario, en este relé de la Naturaleza, entre mutágenos y virus; por cierto, en procedimientos orgánicos que la filosofía de Horacio aún ignora, pero que la abiótica ya adivina.

Le cancer c'est moi!

Morir mierdosamente de cáncer nos recuerda que somos entidades orgánicas, es decir, de un suborden epifenoménico que tiene mucho parentesco con el moho, la vicia pulverulenta, los saprofitos, tal vez los gusanos-zombies.

Decir adiós a la idea de la *chispa divina* que nos animaría y animaría a cada cosa en las formas totales de un panteísmo o, peor, de un vitalismo monista, es quizá mucho más arduo para nosotros que enterrar el querido y extinto geocentrismo. A tal punto que algunos, aún sin renunciar a su mísera partícula de absoluto, intentan sustituir *divina* por *demonica*, el Ser por la Nada, obteniendo el mismo falsísimo resultado. Sin embargo, no considerarse ya ciudadanos con los papeles en regla de un Todo es el segundo gesto—fuera de la cuna de nuestro ego—necesario para *volver a ver las estrellas*. El hombre se imagina desde siempre dentro de los buenos del Cosmos, *el mejor higo de la canasta*, pero no es así universalmente. En ese sentido, la definición de Bahnsen es integrada y mejorada: *El hombre no es más que una consciente e inconsciente nada*⁸.

El cáncer cogita de maravilla.

Si Leibniz en la vejez se inclinó a un pesimismo cansado (“A menudo ocurren fatalidades que impiden a los hombres ser felices”⁹) en mi caso es lo contrario. Mientras se piense en la Tierra como algo infestado por el βίος, el pesimismo tiene la obligación, así como la desgracia, de seguir rondando posturas nihilistas, hilozoístas y negativistas (aunque al modo desdeñoso de un Maquiavelo: “revuelto entre estos piojos saco el cerebro del moho”). Pero apenas se vuelve a observar el Cosmos abiótico, se descubren los “paños reales y curiales” del optimismo criselefantino y dado que es ubicua la no-vida, ¿cómo no ser optimista? Ningún hormigueo de tentáculos, patas, pinzas, óculos, bocas, estómagos, ovarios, intestino, cerebros, *tout es au mieux là-bas!*

⁸ *Der Mensch ist nur ein bewusstes und unbewusstes Nichts.*

⁹ *Il y a le plus souvent des fatalités qui empêchent les hommes d'être heureux.*

Ya apuntar un telescopio de astrófilo hacia la Luna da alegrías únicas y sutiles: no entrever ni nubes blanquecinas ni manchas verde azuladas, en suma, toda aquella meteorología mezclada con ecología dentro de la cual luego se monta el insulso y abominable asunto homínido, así como los infinitos, eternos despellejamientos y cuarteamientos de la fauna y flora.

Dan casi ganas de ser licántropos para elevar aullidos a la Luna; poetas para deshacerse en himnos a Selene; utopistas para dar ejemplos a los imperios: *salva nos, Luna!*

El cáncer, por ejemplo, no aluniza.

El cuerpo del enfermo de cáncer, postrado por una cura que en demasiadas ocasiones es peor que el mal (lo mismo que sucedió con las sangrías en la medicina de inspiración galileana), se hace agón y a la vez templo sacrificial de un choque entre $\beta\acute{\iota}\omicron\varsigma$ y $\acute{\alpha}\text{-}\beta\acute{\iota}\omicron\varsigma$. Ahora ese cuerpo, vuelto extraño por la alopecia y por los vómitos, es el de un sacerdote, de un profeta, de un santo, quizás de un ángel.

Al final, pude alzar fácilmente a mi padre para colocarlo en su lecho de muerte: en un punto y a su pesar, el hijo amoroso deviene padre. Lo mismo debe hacer el Hombre: hacerse cargo amorosamente de la Vida, deponiéndola para siempre.

El cáncer es la solución.